

atormenta y dolor que aflige el alma. Si hay fe, se escarnece; si hay virtud, se mofa; si hay piedad, se mata; si existe la honradez se pone en duda; si palpita la conciencia, se oprime ó se acalla; si late el principio de la rectitud, se compadece y se aplasta. Todo es equivoco en nuestros días. Casi todo, amaño y fingimiento.

Y así las épocas pasan veloces, van venciendo los siglos y las razas que visiblemente degeneran, se suceden con aterradora rapidez, cada vez más volubles, cada vez más frívolas (y porque no decirlo al fin) cada vez también más tontas.

La ignorancia se extiende paso á paso, la pereza establece sobre la tierra sus reales; y hay en estos tiempos miles de seres que no saben cuando nacieron, ni porque viven y ni siquiera se toman el trabajo de pensar si es mortal la vestidura que les cubre y tienen alma: ó si por el contrario andan y comen y duermen por máquina ó como pudiera hacerlo el más innoble pero también el más sabroso de los paquidermos.

Desgraciadamente en nuestros días, todo se subordina al estómago y al bolsillo. Al estómago, para nutrirlo de alimentos que prolonguen la vida artificial que disfrutamos. Al bolsillo para atesorar viles monedas con que comprar el refinado goce de los instintos malos y que nos abran las más cerradas puertas, ó nos salven las vallas más infranqueables.

Y en este afán insensato de halagar á los sentidos pasan los años en casi perpetua fiesta, solo nublada de cuando en cuando por nubes de pasajera pena que bien pronto se disipan, porque los afectos no son siempre los más puros ni constantes.

El mundo entre tanto, convertido en carnaval perpetuo en que altos y bajos, sabios y legos, llevan siempre puesto el antifaz, jugando al sempiterno escondite del rubor y de la decencia.

Fuera de la voz amante de los adorados padres, que también á veces se desoye con irrespetuosidad desatentada, es difícil escuchar las del amor y la amistad firme y verdadera. Si obramos mal, si andamos por errados caminos ó sendas de extravío, con tal descoco y descenvoltura que llega á llamar la atención de cuantos nos rodean ó nos son visiblemente afectos; raras veces encontraremos caridad ó franqueza que nos avisen el peligro que corre nuestra salud ó nuestro crédito, porque su amonestación además de exci-